

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL PRESIDENTE MIGUEL DE LA MADRID, CON MOTIVO DEL BICENTENARIO DEL NATALICIO DE SIMÓN BOLÍVAR, DURANTE LA CEREMONIA DE DEVELACION DEL CUADRO DEL LIBERTADOR Y LA CANCELACION DE LA ESTAMPILLA POSTAL CONMEMORATIVA. (ACTO LLEVADO A CABO EN EL SALON DE RECEPCIONES DE PALACIO NACIONAL.)

Ciudadano Presidente de la Cámara de Senadores y de la Gran Comisión;

Ciudadano Presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Diputados;

Ciudadano Presidente de la Suprema Corte de Justicia;

Señores Secretarios de Estado;

Excelentísimos señores Embajadores de los países de América Latina y del Caribe;

Distinguidos representantes de instituciones académicas;

Señoras y señores:

Hace doscientos años, en los umbrales del siglo XIX, los fulgores de la libertad se entrelazaban con el destino de América. Las ideas de emancipación y los impulsos reivindicadores de la historia flujan clandestinamente. Transitaban por el continente legiones de soñadores que se movilizaban hacia los territorios de la esperanza. Nació en Caracas Simón Bolívar y, con él, una cruzada en favor del perfeccionamiento político de los pueblos.

Entre las imágenes que ha suscitado destaca la del hombre cuya vida, paradójicamente corta, posee una gravitación que lo sobrepone a las épocas. Su vigencia es no sólo perdurable sino que, en la medida en que los americanos nos equivocamos al separarnos, Bolívar crece en el acierto de desearnos unidos. Está en los felices desenlaces, pero también en nuestros errores y es, por ello, un héroe a nuestro alcance.

Al libertador portentoso y colmado de adjetivos es posible oponer la escala sencilla del hombre. El insurgente y el pensador, el reflexivo y el actuante,

el guerrero y el político son facetas de un personaje que tiende siempre a su dimensión humana, aunque lleve, a todos los sitios que va, una sospecha de su trascendencia en la historia.

De Simón Bolívar se deriva la chispa de una inteligencia avezada en el conocimiento de los pueblos que compartían un mismo origen colonial. En este hecho, simple en apariencia, se encuentra el universalismo bolivariano, que radica en la flexibilidad para concebir el vasto panorama humano en su unidad y en su conjunto. En este sentido, es fundador de una voz americana capaz de superar murallas nacionales y étnicas, y de equiparar, con el nivelador de la democracia, a los dos protagonistas de nuestra realidad continental: el mundo latino y el mundo sajón.

En distintas formas, Bolívar está en el nacimiento de cada país de nuestra América. Las peculiaridades de los movimientos emancipadores nos devuelven un reflejo específico de su imagen. Para México, por ejemplo, su figura libertaria es íntima y cercana. Los tonos épicos, las jornadas interminables y los combates multitudinarios nos resultan, en cierta forma, representaciones distantes. Son más próximos a nosotros su perseverancia y su confianza, su pensamiento y su imaginación, sus temores y sus dudas. Es tan nuestro aquel caraqueño de quince años que llegó a Nueva España como el que menciona en 1825, cuando pensaba salir de Colombia: "Si el gobierno me quisiese emplear en México, como agente diplomático, me alegraría, porque al fin es un país agradable, sano e independiente. . .".

A los mexicanos nos conmueve, particularmente, el Simón Bolívar de la dignidad personal, el de las cualidades comunes que se transforman en aliento solidario. En tiempos difíciles, en los arduos esfuerzos, vemos en él la fe de quien no teme

derrumbes ni imagina catástrofes. Sus méritos ante las pruebas aciagas son la entereza, el trabajo y el amor a la nación.

Esas cualidades y esos méritos son los mismos que hoy la realidad en México y en Latinoamérica nos exige desplegar. El anhelo bolivariano no constituye el sueño de una región que debe retornar a una coherencia original que, en rigor, nunca tuvo. Apunta, más bien, hacia la consolidación de la pluralidad que siempre la ha definido. La tarea, hoy como ayer, es comunicar las partes entre sí, con estricto apego a sus formas propias, y abrir, de esta manera, los cauces de la cooperación y la solidaridad. La grande América, como la llamaba el Libertador, aún espera la acción decidida y firme de sus gobiernos en favor del entendimiento. Más ahora, cuando la paz es para los pueblos el contrapunto moral de la guerra y la última posibilidad del desarrollo. Más ahora, cuando el resquebrajamiento de los modelos occidentales nos impulsa a considerar la crisis como el momento propicio de la reflexión.

A lo largo de centurias, los latinoamericanos hemos enfrentado el desafío de la conservación de la conciencia nacional en un mundo amenazado por las hegemonías y los impulsos hacia la dependencia y la dominación. No obstante, hemos creado una expresión de América que es, sin duda, una cultura de fundación en la que alienta la honda respiración bolivariana. Filósofos, artistas, escritores, estadistas, músicos, artesanos han inventado el mundo varias veces y lo han traído y llevado entre la tradición y la modernidad.

Jamás los latinoamericanos hemos sido pueblos sin propósitos. Lo demostramos, en estos días, en casos extremos como el de la crisis centroamericana, en la que están comprometidos los principios y valores que dan contenido a nuestra conciencia nacional. He de decir, una vez más, que una guerra generalizada no traería el triunfo para nadie y si la destrucción de las posibilidades reales de convivencia. Es necesario entender que del desbordamiento de la lucha armada sólo se desprenderían contingentes enteros de vencidos y condiciones patéticas para las generaciones que aspiran al derecho de conformar su destino en los ideales bolivarianos de libertad, justicia y equidad. La violencia no podrá lograr sino el exterminio indiscriminado. Detengamos el brazo guerrero de la irracionalidad antes que deshaga en cenizas nuestros legítimos anhelos de paz y desarrollo.

Las naciones son parte intrínseca de la realidad de nuestros tiempos y, sin duda, cambian con

ellos. Son esencialmente movimiento y los estadistas deben saber interpretar a los pueblos que las ponen en marcha. Este es el gran desafío para transformar las sociedades sin sacrificar su identidad. Bolívar entendía que el ser nacional, más que por fronteras convencionales, estaba limitado por sus peligros, lo que hacía de las colonias una auténtica comunidad. Si tomamos su ejemplo y la virtud ilustrativa de su lógica política, hoy podemos afirmar que los riesgos planetarios nos hacen aspirar, tal vez como nunca en el pasado, a una patria global.

Estamos a un paso de iniciar un nuevo siglo, tal como ocurría con Bolívar hace doscientos años. Lo que nuestra América es y lo que será debieran constituir una preocupación diaria y radical de los habitantes de la región. Nos debieran conducir a una afirmación de los ideales del Libertador pero, particularmente, a una propuesta hacia el futuro que nos permita refrendar nuestros compromisos en estos tiempos de desconfianza y confrontación. Nos obligan también a un constante ejercicio de fe en nuestras potencialidades y en nuestra madurez como pueblos. No contra el mundo, sino en favor de la historia. Es necesario reiniciar, con mayor realismo y vigor, el camino interrumpido de la integración y la solidaridad.

Al igual que hace dos siglos, nos encontramos en el umbral de una nueva centuria. De nosotros y sólo de nosotros depende encontrar todavía un lugar justo en esta aventura y en esta civilización que compartimos. Aún estamos a tiempo de impedir que el miedo, la destrucción, el hambre, la inequidad y la muerte se levanten como un muro frente a las aspiraciones de los habitantes del planeta. Ha sonado nuevamente la hora de Bolívar, que es la hora del renacimiento, del entendimiento y la unión. Tenemos futuro y no nos vencerán escepticismos ni fatigas. No nos derrotaremos nosotros mismos: sabremos encontrar, estoy convencido, una nueva alborada para nuestros pueblos.

Hoy, 24 de julio de 1983, introducimos la imagen del Libertador en el Palacio Nacional de México. Este homenaje es un símbolo también: es el símbolo de nuestra vocación latinoamericana, es el símbolo que nos une con nuestros pueblos hermanos; pero es también la convicción de que sólo en la democracia, la libertad y la justicia, encontraremos nuestro destino.